do religiosamente por un hombre de bien entregado á la religion, y vereis si no está rebosando salud y buen sentido. ¡De qué sirve el ser filósofo y morir á los cincuenta años de un ataque á la cabeza, cuando el mas ignorante de los católicos llega sano y bueno á la edad de setenta años, sin haber cometido una tercera parte de las faltas y de las necedades que el filósofo!

Nótese bien que ahora no se trata de la cuestion de la salud moral, pues esa forma un capítulo enteramente separado; y que, aun para el progreso físico, la mas pura filosofía es á la religion lo que un carreton es á una locomotiva.

XXIII.

Al conceder Dios al hombre la inteligencia, le ha dado tambien la fuerza necesaria para vencer la materia; porque la inteligencia no merece el nombre de tal si no sabe discernir el bien del mal, á fin de poder escoger el primero y separarse del segundo; y desde el momento en que falta á esta mision, se suicida. Pero como la inteligencia se halla en una continua guerra civil con la materia, y abunda esta guerra frecuentemente en azares, Dios, en su misericordia, ha revelado al hombre su ley, verdadera

unidad de mando, la cual, al disponer el desarme de los combatientes, ha vencido á la materia, con el fin de conservarla, por medio de esta misma victoria, dentro de sus límites naturales.

Si fuese posible que la materia consiguiese el triunfo por espacio de un solo dia, tanto el hombre como la sociedad tendrian harto que lamentarse de ello. La materia, al dar rienda suelta á su victoria, puede exactamente compararse á una luz que se apaga en un incendio.

Entréguese si no, un hombre á toda la violencia de sus pasiones y de sus apetitos carnales, y no tardará mucho tiempo en ser víctima de sus excesos: proclame una sociedad los derechos del hombre en nombre de la razon, sin que aquellos procedan solo de los deberes, y todo será estrago y asesinatos, dolos, robos y violencias de toda especie. Cualquier derecho que no sea la consecuencia de un deber, es una llamarada social. Precisamente cuando los hombres inauguraron el culto de la diosa *Razon*, fué cuando los unos se lanzaron sobre los otros como si fueran perros rabiosos.

Esta verdad se estiende, no solo á los dogmas primitivos de la religion revelada, sino tambien á las leyes de la Iglesia. Todas ellas tienen entre sí, aparte de su objeto moral, un fin de salud y de conservacion física.

Puede muy bien sostenerse á todo trance la idea de que cuanto mas severa en privaciones y abstinencias sea una religion, mayor número produce de hombres llenos de energía y de robustez. La causa de la longevidad de los judíos, tan observadores de su religion, se encierra enteramente en la severidad de sus leyes de cocina, de economía doméstica y de matrimonio; severidad á que no llega ninguna otra religion. La religion católica, contra la cual tanto declaman los partidarios de la emancipacion de la carne, es la mas dulce y mas aceptable para el pueblo, puesto que no reserva sus severidades sino para el cuerpo de levitas de ambos sexos, los cuales necesitan de su poder puramente divino, no solo para vencer la materia, sino para aplastarla y destruirla con un talon de Aquiles, talon invulnerable por la gracia del Señor.

El principal y mejor remedio contra los males, tanto físicos como morales, es el saber precaverlos. Ahora bien: ¿dónde está la enfermedad conocida de antemano por la medicina que juntamente no lo haya sido tambien por la religion? ¡Cuántos médicos hay que se hallan acosados de males que de seguro no tendrian si hubiesen seguido los preceptos religiosos! ¡Qué de jóvenes muy entendidos, arrebatados en la flor de su edad, pero que, por la fé que demostraban, hubieran llegado á disfrutar de una vejez agradable y tranquila! Aun despues de declarado ya el mal, y cuando todos los secretos de la medicina han sido impotentes para curarlo, el enfermo encuentra frecuentemente en la religion una fuerza sobrehumana para sobrellevarlo y otra divina para vencerlo.

La religion no ha matado la carne, como pretenden hacer creer nuestros nécios innovadores, puesto que solo la ha domado para hacer de ella un uso legítimo, como el inteligente ginete doma á su caballo con el freno y la brida para guiarle. No existe ninguna clase de funciones materiales que la

religion no haya legitimado y tambien santificado; y á la manera que el fabricante de carbon quita á la leña quemándola, la parte de humo asfixiante que contiene, á fin de no dejar para el uso doméstico mas que la lumbre pura, así tambien la religion quita á cada pasion su parte de humo ó sea su influencia deletérea, con objeto de no conservar mas que el fuego sagrado para la vida y la salud.

Si la naturaleza con sus pasiones fogosas y centrífugas se abandonase á sí misma, no tan solo seria incapaz de ejercer sus funciones, sino que esas mismas pasiones acabarían por ahogarse las unas á las otras. Supongamos si no una locomotiva con una docena de calderas llenas de agua hirbiendo, y de las cuales cada una funcionase en sentido contrario: ó bien se esperimentarian continuas esplosiones, verdaderos medios de suicidio por el vapor, ó bien serian frecuentes las evaporaciones, y la máquina, á causa precisamente del escesivo fuego, no podria adelantar un paso. Para que esta marche derecha sobre los carriles, es preciso reconcentrar todo el vapor, dirigirlo hácia un punto dado y dejar una

válvula de seguridad. Esto es exactamente lo que hace la religion con las pasiones del hombre, las concentra, las domina, evita unas veces que estallen y otras que se estingan á fuerza de su mucha fogosidad y se sirve de ellas para hacer marchar al hombre por el camino del bien, dejándole siempre una válvula de seguridad para los casos apurados. Esto es tambien lo que Salomon consigna con la mayor exactitud en el *Eclesiastes*. Despues de pasar revista á todos los sistemas de vida, á todos los pretendidos placeres y felicidades, concluye con estas palabras:

"El objeto final á que todo está subordi-
"nado, es el siguiente: *Teme á Dios y ob-*
"*serva sus leyes*. Esta es, pues, la mision
"del hombre."

XXIV.

Pero si es cierto que el progreso no existe ni podria existir en la materia, en lo finito, aparece por el contrario visible en la inteligencia, en lo infinito. El tiempo es Dios que va marchando, y Dios, al mismo tiempo que camina conduce á los hombres.

Ya hemos visto que todos los Siboleth modernos del progreso material, industrial y carnal se hallan infestados de falsedad. Lejos de emanciparse por la victoria, la materia solo se conserva por la derrota, esto es, por su completa sumision á la inteligencia.

El entendimiento es, por decirlo así, la sal de la carne, y la religion sola la fuente Hipocrene del verdadero entendimiento.

Cuanto mas crece y se aumenta la inteligencia, tanto mas el alma se siente dilatarse, y el hombre material prospera, se rejuvenece y se esplaya.

No es decir esto que sea preciso acabar con la materia para dar vida al espíritu. El admirable precepto *Nada de supérfluo*, se adapta tanto el espíritu como á la materia. El estar *sano* es un medio escelente para hacerse *santo*.

Sano y santo, hé aquí en dos palabras el objeto del hombre creado á imágen de Dios.

El espíritu, al cual llama la Iglesia Espíritu Santo, se manifiesta precisamente adoptando todos los instintos y todas las pasiones de la naturaleza para santificarlos, trazándoles límites y oponiéndoles ciertos diques: diques que no tienden, sin embargo, á anular las pasiones, como pretenden los estóicos exaltados, que las sujetan y dirijen, sino que hacen lo que las escarpadas orillas de un rio, que al mismo tiempo que sirven

para contenerle, le ahondan y le dan mayor profundidad. De esta suerte es como el Espíritu Santo, al contener las pasiones del hombre, las profundiza y les traza el camino que han de seguir á través de los montes y de los valles que conducen al Océano del amor divino.

Ciertamente, la necesidad de amar es una pasion universal. Déjese en libertad á esta pasion, y al poco tiempo la sociedad se habrá consumido por un fuego como el del Desierto. Al cabo de algun tiempo de hallarse emancipada la carne, no se verán mas que mugeres estérilmente ardientes, y hombres ardientemente estériles. ¿Qué ha hecho, pues, el Espíritu Santo? Ha levantado un dique que contiene este torrente, y ha profundizado esta pasion legitimándola y limitándola. Ha creado el matrimonio; y hé aquí un verdadero progreso.

Toda materia es no solo inerte, sino tambien absorbente, y así como el infierno, está diciendo siempre "¡dame, dame!" El hombre material no trabaja, pues quien trabaja en él es el espíritu, segun Dios se lo

ha impuesto con el libre albedrío. Y esta es una verdad tan manifiesta, que jamas animal alguno trabaja sin que el hombre le dirija, y que cuanto mas estúpido es un hombre, menos vale su trabajo. Ciertos animales que trabajan, como son la hormiga, la abeja y el castor, no solo tienen el órden por instinto (sabido es que jamas hubo un desórden en una colmena, y que el enjambre de las abejas viejas es el que manda en las nuevas), sino que ademas el trabajo les es indispensable para su conservacion. Luego si los hombres no trabajasen mas que por ganar lo estrictamente necesario, ó no trabajarian absolutamente nada, ó vendrian á ser esclavos unos de otros, y esto no tanto por tener lo necesario, como por adquirir lo supérfluo.

¿Qué ha hecho, pues, el Espíritu Santo? Ha creado la propiedad, y por ella se ha centuplicado la fuerza humana. La propiedad es la abeja que trabaja para los zánganos, porque de todos los que la atacan, ni uno solo seria capaz de crearla, ni de conservarla si llegase á heredarla. Sin propiedad, no habria ni naciones, ni riquezas, ni

pasado, ni porvenir. Por otra parte, como la vida del hombre es corta, éste no emplearia ciertamente su inteligencia en crear propiedades si no fuesen hereditarias y trasmisibles en favor de sus hijos. La herencia es, pues, un progreso, porque duplica y triplica la fuerza de las familias y de las naciones.

Y como quiera que siempre habrá una tercera parte de personas incapaces de crear y de conservar sea lo que fuere, ha sido indispensable establecer la propiedad, á fin de que los hombres de capacidad y de economía, acumulen lo supérfluo para proporcionar pan á los impotentes, á los desvalidos y á los indiscretos. Si los ricos no acumulasen, no solo todo el mundo seria pobre, sino que los pobres se podririan vivos, y acabarian por devorarse entre sí.

La propiedad, es por consiguiente, un progreso creado por el espíritu en provecho de los no propietarios.

Por rica ó por avara que sea una familia, mas tarde ó mas temprano su fortuna viene á parar á los pobres.

No faltará quien diga, sin embargo, que la propiedad conduce á cometer abusos, que

avorece al egoismo, y que materializa el espíritu. ¿Mas dónde se hallará un bien que no pueda degenerar en abuso? ¿El fuego no es el que produce el incendio? ¿La medicina misma no es á veces un veneno? ¿No se ha abusado por ventura hasta del mismo Dios? Con efecto: la propiedad, como todo bien, tiene sus abusos; pero con el resultado de que el Espíritu Santo la abandone á la materia; bastando el que un solo dia la inteligencia ceda al cuerpo, para que todos los bienes del alma se deterioren.

De manera que, para que la propiedad material sea un bien fecundo, es necesario que se someta á la propiedad del alma llamada *virtud*; porque así como todo hombre puede hacerse propietario siempre que Dios, al crearlo, le haya dotado de las cualidades para ello, del mismo modo todo sér humano puede adquirir la virtud, esa propiedad acumulada del alma. Esta misma virtud es la que ha creado la caridad cristiana, la justicia y el desinteres; la que, despues de haber trabajado para el anciano y para el niño, trabaja ademas para el pobre; es, por último, la única que ha santificado y legitimado la propiedad.

Antes del cristianismo la propiedad no existía, porque el primero que venia la destruía á su placer y á su gusto.

¡Hé aquí, pues, un nuevo progreso!

Los pueblos han vivido por largo tiempo bajo el despotismo de uno solo, despues de haber ensayado diferentes gobiernos democráticos; y casi todos, despues de lucir penosas esperiencias, han preferido el despotismo al azote de la anarquía popular. Sin embargo, el espíritu cristiano, espíritu de justicia y de libertad, no podia admitir ni el despotismo ni la anarquía. Por esta razon ha creado el derecho de herencia en el poder que habia sido hasta entonces desconocido. Por medio de esta creacion ha espiritualizado el poder, trasformándole en un principio de órden permanente, á fin de sacar de él todas las consecuencias de libertad humana.

La herencia del poder es, no obstante, un nuevo dique colocado en la corriente del rio; una escarpada orilla contra la cual vienen á estrellarse las olas populares que, despues de rechazadas, siguen apaciblemente su curso sirviendo de conductor á los navegantes

de la libertad. Sin este órden no hay libertad posible; y gracias á él, la libertad, palabra desconocida entre los paganos [pues ellos solo tenian amos y esclavos] ha venido á convertirse en un bien universal, en un bien sagrado y legítimo. Los cristianos no reconocen dueños, no tienen mas que reyes, primeros servidores de Dios y del pueblo, y los primeros en llevar la cruz del deber. Poco importa que un rey cristiano sea ó no un grande hombre; basta solo que sea un cristiano, en toda la acepcion de la palabra, para hacer dichoso á su pueblo, y para ser el representante del órden, de la libertad y de la justicia.

Y véase otro inmenso progreso.

No; el progreso no es un sueño ni es nuevo. Existe con efecto y existe en Dios y en el camino que él traza al hombre. Mas para marchar hácia él, es preciso tener la fé de Caleb y de Josué; es preciso no dejarse amedrentar por los gigantes del error, es preciso valor, y sentirse animado por el Espíritu Santo.

Y por ser antiguo como la luz del dia, no por eso el progreso deja de esperimentar continuas renovaciones.

Cierto es que ha habido hombres elegidos por Dios á quienes nadie ha podido sobrepujar. Al decir Jesus á sus discípulos: "Id, y enseñad al universo entero," abarcó con su ojo divino todos los progresos del progreso; pero este progreso no ha dejado despues de irse engrandeciendo á medida que el Espíritu Santo se estiende sobre todos los humanos. Conforme estos van penetrándose de las luces de la verdad, las tinieblas van desapareciendo y reduciéndose á la nada.

Las estrellas solo sirven para esparcir su luz durante la noche; mas apenas viene el dia, la noche y las estrellas desaparecen.

Cuando el mal haya llegado á todo su apogeo, será cuando el bien aparecerá súbitamente, saliendo de entre las nubes que lo ocultan, y convertirá los corazones por una divina gracia. La humanidad es como el cuerpo humano, y tiene tambien su cabeza, sus piernas y sus brazos. ¿Qué nos importa que los brazos y las piernas estén malas, siempre que la cabeza permanezca sana? Pues bien; esa cabeza se halla al presente en mucho mejor estado de salud que hace

un siglo, puesto que ya va reconociendo la verdad.

Lo mas esencial para nosotros es el marchar siempre derechos y con la frente erguida por esta via de progreso indicada por el mismo Dios, tratando ademas de llenar todos los obstáculos que ella nos presente; nada importa que por todos lados nos salpique el barro del camino, pues esas salpicaduras siempre habremos de sufrirlas. Lo esencial es seguir esa santa nube que se distingue á la cabeza de la columna, y confundir á todos los Balaam, á todos los asnos de la negacion y de la materia.

Es tambien, por último, esencial crear un cuerpo de verdaderos caballeros del Espíritu Santo, que sin que retrocedan ante ningun peligro, sepan destruir á los Goliath del orgullo y de la violencia.

Nuestros padres, como hijos que son de la libertad revolucionaria, han presenciado desde bien cerca los abusos del poder absoluto, que es un poder pagano, para que puedan enseñarnos la libertad del órden cristiano.

Se han visto bastante próximos de los es-

cesos y de las violencias ejercidas en nombre de la religion, para darnos lecciones de humildad, de dulzura y de la justicia de la verdad religiosa.

A nosotros, pues, nos corresponde, como hijos castigados y esperimentados, conducir el porvenir por la verdadera via del progreso político y religioso, colocar ante ellos la luz del sol, que ilumina al par que dá calor, á fin de arrojar á larga distancia todas las visiones y fuegos fátuos de la materia y de la noche.